



6^a
EDICIÓN

CUANDO NO RENDIRSE
ES LA ÚNICA OPCIÓN

RENACER EN LOS ANDES

MIGUEL ÁNGEL TOBÍAS

Luciérnaga



RENACER EN LOS ANDES

MIGUEL ÁNGEL TOBÍAS

CUANDO NO RENDIRSE ES LA ÚNICA OPCIÓN



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto e imágenes: Miguel Ángel Tobías, 2017.

© de la foto de cubierta: Shutterstock / Creative travel projects y the_serch

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de estelibro.

Primera edición: octubre de 2017

Segunda edición: noviembre de 2017

Tercera edición: enero de 2018

Cuarta edición: junio de 2022

Quinta edición: septiembre de 2022

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2022

© Edicions 62, S.A, 2022

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-42-1

Depósito legal: B. 14.501-2022

Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Agradecimientos	13
Prólogo, por Nando Parrado	15
No era la primera vez que estaba a punto de morir...	17
Renacer en los Andes	67
Capítulo 1. La decisión	69
Capítulo 2. La noche, el tiempo...	77
Capítulo 3. Comienza el milagro	89
Capítulo 4. El Amanecer	97
Capítulo 5. La primera petición	119
Capítulo 6. La segunda petición	121
Capítulo 7. La tercera petición	127
Capítulo 8. Dar la noticia	129
Capítulo 9. La cuarta petición	141
Capítulo 10. Siguen los recuerdos	149
Capítulo 11. Aceptando la muerte	161
Capítulo 12. La quinta petición	165
Capítulo 13. De regreso a Arequipa	171
Capítulo 14. Cinco años después	179
Algunas reflexiones	183
Nota del autor	205

Fue en África, en el verano de 1991. Tenía 23 años. Meses antes yo compaginaba mis estudios de Nutrición con el trabajo como actor de reparto en una serie de TVE que dirigía Manuel Armán, uno de los grandes realizadores de televisión hasta la fecha. Un día habíamos acabado de rodar unas escenas y, mientras paramos para el bocadillo, le oí hablar por casualidad con Nacho, otro compañero productor de la tele, sobre la posibilidad de viajar a África.

—Perdón, ¿estáis hablando de ir a África?

—¡Hola, Miguel Ángel! Sí, nos vamos los dos solos a África en agosto. Nadie más se ha apuntado.

—¡Ya no! ¡Ya somos tres para ir! —les dije sonriendo.

—¿En serio? ¿Te vienes con nosotros?

—Sí, si me dejáis, sí.

Recuerdo que luego me confesaron ambos por separado que, de no haber ido yo, habrían anulado el viaje, porque ellos tampoco se conocían tanto como para viajar casi un mes los dos solos a un sitio tan salvaje. Así

que, sin pretenderlo, me convertí en el engranaje que hacía que todo girara adecuadamente.

Fue un viaje increíble en muchos sentidos. Era la tercera vez que yo salía de España, la última había sido a París y la anterior a Portugal, así que África se abrió ante mí como un mundo nuevo, salvaje y mágico.

Llegó el uno de agosto y nos embarcamos rumbo a Nairobi, con una gran emoción por descubrir una tierra que solo habíamos visto en el cine, la tele y los documentales de La 2. Me acordaba de las películas de Tarzán, con Johnny Weissmüller, que ponían los sábados por la tarde después de Heidi, de Marco o de Mazinger Z. En ellas siempre salía Nairobi a relucir y, por fin, yo iba a viajar allí. Estábamos los tres muy contentos y emocionados.

Llegamos a Nairobi y, tras dormir esa noche, lo primero que hicimos fue alquilar un coche, porque teníamos veintiséis días por delante y habíamos decidido ir por nuestra cuenta, organizando el viaje sobre la marcha. Nos decidimos por un Tata Sierra, un todo terreno pequeñito, ligero y con pinta bastante endeble, que al final resultó ser el mejor coche del mundo, ya que pasaba por todas partes, se hundía poco en el barro y se sacaba con facilidad de él —en comparación con los grandes, pesados y lujosos todoterreno con que nos cruzábamos en las reservas—. Parte del techo se podía descapotar, lo cual permitía al que iba en los asientos traseros sentir la

transgresora libertad de ir de pie recibiendo el aire en la cara y una visión de 360 grados desde la altura, cosa que en África resultaba una sensación maravillosa, porque eras el primero en ver los animales y dirigir el coche hacia ellos.



Manuel y yo en un alto del camino con nuestro jeep Tata Sierra.

Esa misma mañana fuimos a casa del embajador, que era amigo de la familia de Manuel, y nos invitó a comer. Nos ofreció, además, su ayuda para lo que pudiéramos necesitar mientras estuviésemos en el país. Como buen embajador, nos advirtió de todos los peli-

gros que debíamos evitar: caminar por la noche, salir del circuito turístico, ir solos a cualquier lugar, decirle a algún extraño dónde estábamos alojados o cuál era la ruta que íbamos a seguir, comer en los puestos callejeros, beber agua que no estuviese embotellada ni fuera abierta delante de nosotros, tomar bebidas con hielo fuera de los hoteles, comer verduras o frutas crudas, no llevar pastillas potabilizadoras ni, por supuesto, cambiar dinero en el mercado negro.

La mayoría de los consejos eran obvios y los que tenían que ver con la alimentación, casi de obligado cumplimiento, porque nadie quiere verse con una gastroenteritis aguda en un sitio como África. Pero el embajador no fue consciente de que no le estaba dando consejos a una familia con dos niños pequeños que hubiera ido a África a ver animales en un camión reconvertido en autobús desde el cual los turistas hacen fotos a varios metros de altura y sin ningún tipo de peligro, sino a tres chavales jóvenes, ávidos de vivir aventuras de todo tipo en el sitio más salvaje de la Tierra.

Ya por la tarde fuimos a cenar al Carnivore, uno de los restaurantes más famosos de Nairobi, donde se dan cita todas las delegaciones diplomáticas, los ejecutivos de las empresas extranjeras más importantes y la gente pudiente de la ciudad. Comimos toda clase de carne: ñu, cebra, antílope, búfalo, etcétera, que van sirviendo por las mesas, cortándola al momento delante de ti. Y todo ello aderezado con todo tipo de salsas y ensaladas y acompañado de una gran variedad de bebidas. Mien-

tras tanto, un grupo de música en vivo invitaba a levantarse y bailar al ritmo de pop africano. Tras la cena y un rato de baile llegamos al hotel muy cansados después del viaje desde España y de no haber parado en todo el día, pero al entrar en la habitación observé desde mi ventana decenas de pequeñas hogueras que se perdían hasta donde alcanzaba la vista en una zona no edificada de las afueras.

Bajé a recepción y le pregunté a uno de los trabajadores del hotel qué era aquello. Me dijo que esas hogueras las encendía la gente pobre que no podía acceder a entrar en una discoteca o un bar, y que se reunía alrededor de ellas a beber, cantar y bailar. Obviamente las palabras del embajador sobre no caminar de noche, no salir solos y no alejarse de las zonas turísticas, las cuales, por supuesto, resonaban en mi cabeza, solo sirvieron para acrecentar mi deseo de transgredir todas las normas. Salí a la calle, entré en una especie de tienda de ultramarinos que encontré abierta y compré unos litros de cerveza. Me dirigí en medio de la oscuridad hacia las primeras hogueras que vi en un descampado y me presenté diciendo que acababa de llegar a Nairobi, que había visto las hogueras desde la ventana de mi hotel —lo cierto es que desde allí mi hotel se veía muy lejos— y que quería compartir un rato con ellos. Como he podido ir viendo luego a lo largo de mi vida, lo que más desea y agradece cualquier ser humano es ser reconocido como tal, sentir que existe para los demás, que no es mirado

por encima del hombro, ni tratado como inferior ni discriminado. Sí, estoy hablando de dignidad. Compartí con ellos dos horas maravillosas en las que charlamos de España, de África y, por supuesto, de fútbol: del Real Madrid y del Barcelona. Ahí comprendí que es nuestra mejor carta de presentación en el mundo.



En una de mis múltiples bajadas del jeep.

Por la mañana, mientras desayunaba con Nacho y Manuel, les conté la aventura y me dijeron que estaba loco, que lo que había hecho era peligroso. Y sí, estaba loco, loco de aventura. El peligro me hacía sentir vivo. En los días siguientes contratamos a un guía para que

nos acompañara y recorrimos varias reservas, en las que sobornamos a los guardas para que nos cobraran menos por entrar, pero al hacerlo nos pusimos otra vez varias veces en grave peligro porque no había ningún registro de entrada, por lo que, una vez dentro, cualquiera, incluso los mismos guardas, podían habernos secuestrado, matado para robarnos y enterrado. Y jamás se hubiera vuelto a saber de nosotros, porque oficialmente nunca habíamos estado allí.

Fueron días mágicos en los que nos levantábamos a las cinco de la mañana para ver los increíbles amaneceres de África y cómo el reino animal se ponía en marcha. Es cierto que de noche la actividad tampoco cesa, pero es más difícil verla y, además, nosotros también teníamos que descansar algunas horas. En las reservas está prohibido bajarse del coche excepto en las zonas habilitadas para ello debido al peligro real que supone estar rodeado de animales salvajes, pero esa era nuestra actividad preferida y, como nadie nos controlaba, lo hacíamos todo el tiempo, aunque la verdad es que casi siempre, cuando yo les decía a Nacho y a Manuel que bajásemos, ellos me respondían: «Baja tú y nosotros te hacemos las fotos». Ambos llevaban sendas cámaras fotográficas muy potentes para la época, no en vano trabajaban en televisión y, en el caso de Manuel Armán, como realizador. Así que yo salía del coche y ellos disparaban sus cámaras mientras me acercaba a las jirafas, los elefantes, los monos papiones, las hienas... A veces, cuando no les hacía gra-

cia mi grado de exposición al peligro, bajaban las cámaras y, para que volviera, me gritaban desde el coche que no seguían haciendo fotos.



Caminado entre papiones.

Un día, ya en Tanzania, en la ciudad de Arusha, volví a ponerme en peligro: esta vez, de nuevo, yo solo. Hasta ese momento habíamos cambiado nuestros dólares por chelines tanzanos en los bancos. Pero nos habían dicho ya varias veces que en el mercado negro podíamos doblar, incluso triplicar si negociábamos bien, el valor del dinero. Así que después de discutirlo un buen rato, recordando lo que nos había dicho el embajador y viendo que Manuel y Nacho se echaban para atrás respecto a

la idea que ellos mismos habían promovido también en los días anteriores, me levanté de la mesa y les dije:

—¡Voy yo! Va, decidme cuanto queréis cambiar vosotros.

Me dieron los dólares que cada uno quiso, pero pensaban que bromeaba y se quedaron estupefactos cuando me vieron salir por la puerta de la cafetería y perderme entre las calles. Creo que no fue nada difícil para los cambistas entender qué hacía un chaval blanco de veintitrés años caminando por las calles no céntricas de Arusha. Obviamente, o quería drogas, o chicas o cambiar dinero. Me ofrecieron droga y chicas varias veces, las cuales yo rechazaba con un leve movimiento de cabeza y levantando un poco la mano en señal de «no insistas». Pero enseguida me interceptó un tipo negro de unos treinta años enseñándome un pequeño fajo de billetes que sacó del bolsillo derecho de su pantalón, en clara señal de cuál era su trabajo.

—¿Cuál es el cambio? —le pregunté, para que me dijera el tipo de cambio.

—¿Cuánto quiere? —me contestó él, para que yo le dijera cuánto quería cambiar.

—Quinientos dólares —le respondí.

Debía de ser mucho por la cara que puso. Me dio una cifra que no recuerdo, pero que era una gran gran cantidad de dinero.

—Sígame —me dijo, en un inglés ininteligible, y yo, obviamente, lo seguí.

Empecé a preocuparme cuando vi que se iban acer-

cando a él otros tipos, a cuál con peor pinta y, después de cruzar entre ellos unas palabras en suajili —idioma que obviamente yo no entendía— se unían a nosotros «discretamente», siguiéndonos a cierta distancia, pero sin perdernos ya de vista. Los minutos iban pasando y yo miraba hacia atrás de vez en cuando, consciente de que me había alejado mucho de las calles principales y de que nos seguían varias personas, por lo que no veía opción de regresar. A cada instante pensaba que ya teníamos que llegar a donde fuera que me estaban llevando, pero trataba de no mostrar ningún tipo de nerviosismo. Después de caminar unos diez minutos —que se me hicieron eternos— durante los cuales nos habíamos introducido en los suburbios entre edificios a medio construir, me vi en una escalera entre el primer y segundo piso de un edificio en construcción con aspecto de abandonado. Estaba lógicamente muy asustado y arrepentido de haberme metido yo mismo en la boca del lobo. Me sentí un estúpido y pensé que algo grave me iba a pasar por culpa de la avaricia de conseguir un mejor cambio, pero, sobre todo, por mi búsqueda constante de vivir sensaciones fuertes desde que pisé África. Intenté disimular todo el miedo que sentía por dentro con una actitud y una expresión corporal desafiantes. La cabeza alta, la expresión de la cara seria, pero con tranquilidad, buscando con la mirada los ojos de aquellos tipos, erguido, los hombros atrás, los brazos semiflexionados y apretándome cada puño con la otra mano alternativamente. En un momento dado apareció otro hom-

bre por la escalera y empezó a sacarse fajos de billetes de dentro del pantalón, de la entrepierna. Sí, lo sé... asqueroso. Me dijo en inglés:

—Toma. ¡Aquí está!

—¿Cuánto hay? —le inquirí.

—¡Está bien! ¡Toma! —me respondió.

Agarré los fajos de billetes y lo lógico hubiera sido darle los quinientos dólares y salir de allí pitando, pero en ese momento estaba rodeado por siete hombres que no paraban de hablar entre ellos en su idioma y cada vez percibía mayor nerviosismo. Pensé sinceramente que no iban a renunciar a quedarse con todo, con su dinero y con el mío, que iban a hacerme algo, y que lo tenían muy fácil. Estábamos en un lugar apartado, a diez minutos de las calles principales. Ellos eran siete y yo uno. Tenía que dominar la situación psicológicamente, así que me puse a contar billete a billete uno de los cuatro fajos que tenía. El tipo que me había interceptado me insistía una y otra vez en que estaba bien, que estaba la cantidad pactada. Cuando ya había contado medio fajo me di cuenta de la estafa que intentaban hacerme y volví a pensar que quizá lo mejor era disimular, agarrar el dinero, darle el mío y largarme, pero no lo hice. No podía. Era asumir una humillación y una derrota que no estaba dispuesto a aceptar y, además, nada me garantizaba que la cosa fuese a terminar bien para mí. Me encaré con el cambista y le dije que lo que me había dado era un tercio de lo que tenía que darme. Me enfadé, levanté la voz y le dije que me iba de allí con mi dinero. El tipo me pidió que me queda-

ra, me dijo que había sido un error, que enseguida traían lo que faltaba.

Comprendía perfectamente que la situación podía empeorar y tenía que prepararme. Decidí abrirme un hueco detrás de mí y me pegué a la pared para evitar al menos que me atacaran por la espalda. Fueron diez angustiosos minutos más los que tuve que esperar mientras iban llegando más hombres que discutían entre ellos a la vez que sacaban billetes de entre sus ropas y se los entregaban al cambista principal. Finalmente me dieron un montón más de fajos de billetes y, por el bulto, pude ver que sí debía ser lo pactado. Me guardé el dinero repartido entre los bolsillos delanteros, los de atrás y los laterales que llevaba mi pantalón tipo safari y le entregué los quinientos dólares, esperando ver sus reacciones y tratando de pensar qué hacer para defenderme si me atacaban. Pero gracias a Dios no lo hicieron. Nada más tomar su dinero, el cambista bajó rápidamente la escalera seguido del resto de los hombres que estaban allí y me quedé solo en aquel edificio. Respiré hondo unos instantes e intenté tranquilizarme pensando que si no me habían hecho nada ya, no tenía sentido que estuvieran esperándome en la calle.

Salí del edificio sin correr, pero sin perder tiempo, e intenté deshacer el camino que habíamos hecho desde el centro de la ciudad. Me perdí por aquellos arrabales sin dejar de pensar en el riesgo que había corrido, pero también estaba eufórico por «mi hazaña». Cuando por fin



Manuel y yo caminando por las calles de Arusha.

salí a una calle con bastante gente deambulando por ella, con puestecitos de comida e incluso con un policía que ordenaba el tráfico, me sentí a salvo. Al cabo de un rato llegué al restaurante. Manuel y Nacho estaban muy preocupados porque hacía más de una hora y media que me había marchado. Les conté la aventura y decidimos que no íbamos a repetir lo de cambiar dinero en el mercado negro.

Seguimos con nuestro viaje visitando diferentes reservas, siempre tras los animales, que se van moviendo por todo el territorio: los herbívoros en busca de pastos y agua, y, en busca de ellos, los depredadores. Días más tarde llegamos desde Malindi a Mombasa y de ahí a la isla de Lamu. Alquilamos una casa gigante para los tres, por el equivalente a nueve euros al día, que incluía una señora que nos limpiaba la casa, nos lavaba la ropa y nos preparaba el desayuno. Nos dijeron que, meses atrás, allí había estado alojado el que era en ese momento secretario de Estado norteamericano, James Baker.

Nos dedicamos a pasear, a mezclarnos con la gente, a disfrutar de la playa, a tomar zumos naturales todo el día, a comer langosta recién pescada a lo que serían hoy dos euros por persona, y a bailar por la noche en las distintas fiestas que se organizaban. La isla estaba llena de burros que deambulaban por las calles, muchos de ellos sin dueño aparente, que los autóctonos usaban como medio de transporte de personas y mercancías. En varias ocasiones intentamos subirnos a alguno por nuestra cuenta para hacer algún trayecto, pero la verdad es que,

aunque viendo a los habitantes del lugar parecía fácil dirigirlos, nosotros no éramos capaces de hacer que se encaminaran en la dirección que nos interesaba. Así que después de algún intento, desistimos y nos limitamos a movernos a pie. Era maravilloso caminar por playas desiertas y tener la sensación, en cuanto te alejabas un poco de la gente, de estar pisando una arena que no había pisado nadie. Esa era la «energía» en la que estábamos.

Una tarde de esas que nos encontrábamos en la playa los tres después de haber comido, Manuel y yo nos fuimos al agua mientras que Nacho se quedó en la arena echándose una siesta.

Todos los días, cuando bajábamos a la playa y nos metíamos en el agua, mirábamos hacia un islote deshabitado que teníamos enfrente. Hay muchos así en todo el archipiélago, pero aquel era el nuestro. Ya habíamos fantaseado varios días con la idea de ir nadando hasta él, pero solo era eso, una bravuconada de tres tíos en África. Pero lo cierto es que, como ya he relatado antes, desde que habíamos aterrizado en Nairobi días atrás estábamos imbuidos de una magia y una energía especiales. Para mí era mi primer viaje de verdad, así que estaba realmente atrapado, sumergido, desbordado por una fuerza salvaje y natural que se había apoderado de mí. Y creo que mis dos compañeros de viaje se sentían igual.

—Manuel, ¿vamos nadando hasta la isla y volvemos?

—¿En serio?

—Sí, tío, yo creo que podemos.

—Y yo. ¿Se lo decimos a Nacho?

—No, está durmiendo. No va a querer.

—Es verdad.

—¡Venga, vamos!

—¡Va!

Nos chocamos la mano, nos sonreímos con complicidad y empezamos a nadar mar adentro en dirección hacia el islote. No teníamos ni idea ni de la distancia ni del tiempo que íbamos a tardar, pero sentíamos de verdad que podíamos hacerlo. Fuimos nadando casi en paralelo, tal como habíamos pactado, para tenernos siempre uno a la vista del otro. Con cada brazada me sentía mejor, más poderoso. La sensación era como si estuviera apoyado en una cinta transportadora. Me sentía muy cómodo, muy feliz de estar haciendo aquello. En un momento dado, Manuel, sin dejar de nadar, me preguntó:

—¿Qué tal vas?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien también. Ya estamos muy lejos de la playa.

Aquello me hizo parar un instante y Manuel se detuvo conmigo, lo que sin duda nos salvó la vida a ambos. Miramos hacia atrás y, efectivamente, estábamos ya muy lejos de la playa de la que habíamos salido. El reloj marcaba las tres y media de la tarde. Llevábamos nadando cuarenta y cinco minutos mar adentro y, por lo que podíamos evaluar ahí parados, flotando en medio de un mar cada vez un poco más encrespado, estábamos a la

misma distancia del islote al que queríamos llegar que de la playa de la que habíamos partido.

—Manuel, yo creo que deberíamos volver. Estamos a mitad de camino así que, aunque regresemos ya, es como si hubiéramos llegado al islote. La hazaña está hecha.

—Sí, creo que es lo mejor, porque si no, cuando lleguemos a Coco —así se llamaba el islote— tendremos que descansar un par de horas y tirarnos al mar para volver.

Nos dimos la vuelta, conscientes de que nos hubiéramos podido meter en un lío. Lo que íbamos a averiguar enseguida es que ya nos habíamos metido en el lío de lleno, y hasta el fondo. Nacho estaba en la playa dormido y no le habíamos dicho lo que íbamos a hacer. Además, la isla de Coco está deshabitada.

Comenzamos a nadar de nuevo hacia nuestra isla e inmediatamente nos dimos cuenta de que algo no iba bien. Al igual que antes, al venir, con cada brazada avanzábamos un metro, ahora no avanzábamos nada. Incluso la sensación era la de que, en ese momento intermedio en que nadando a crol el brazo atrasado ya ha llegado al final del movimiento y el que va delante apenas ha empezado a introducirse en el agua, el cuerpo retrocedía. Comencé a nadar con más fuerza, imprimiéndole a los brazos más potencia y velocidad en cada brazada, y vi que Manuel estaba haciendo lo mismo. Me invadió un sentimiento de miedo y los movimientos de brazos y piernas empezaron a descoordinarse, haciendo que por primera

vez desde que me había metido en el agua, sintiera cansancio.

Manuel me había tomado algo de ventaja e iba unos diez metros por delante. Comprendí que a él le estaba pasando lo mismo que a mí, y que nadaba de forma desesperada. Si seguíamos así, nos íbamos a agotar rápidamente y a ahogar sin remisión. La misma corriente que nos había permitido alejarnos tanto de la playa a toda velocidad, sin prácticamente esfuerzo alguno, ahora no nos iba a dejar volver. Me maldije a mí mismo diciéndome que yo, siendo de Bilbao y habiéndome criado yendo todos los veranos a la playa, especialmente a la de Somorrostro, que en el medio tiene una corriente que te mete hacia dentro y no te deja salir, tenía que haberlo pensado. Manuel se alejaba cada vez más de mí porque yo me había detenido en el agua. Seguir nadando así era una trampa mortal. Nunca llegaríamos a la playa.

—¡Manuel! ¡Manuel! —grité con todas mis fuerzas para que se detuviera.

Él me escuchó, se paró y pude ver reflejado en su cara el miedo que sentía, que era el mismo que sentía yo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que seguir! —me gritó.

Nadé un poco hacia él y a su vez él se acercó a mí a toda velocidad por la corriente que lo arrastraba al dejar de nadar.

—¡No vamos a llegar! —le dije, muy nervioso.

Su cara era literalmente el espejo de la mía. Estábamos ahí flotando, con el agua salpicándonos en los ojos,

en la boca. Es increíble la cruda realidad de darte cuenta de cómo la vida te puede cambiar en un instante. Hacía unos minutos estábamos eufóricos y felices de estar realizando una proeza y, ahora, con la angustia de pensar que podíamos morir ahogados.

—¿Por qué no seguimos hasta el islote, Miguel Ángel?

—No podemos hacer eso. Quizá lleguemos, pero después ya no podremos volver y ahí no hay nada, ni agua. Y, además, no sabemos si esta corriente que nos arrastra cambia en algún punto y la tenemos en contra también más adelante.

—¡Es verdad! ¡Tenemos que intentar volver! ¡Hay que nadar ya!

—Sí, pero no podemos nadar a contracorriente. Debemos ir en zigzag para intentar atravesarla, trasluchar como hacen los barcos. Es nuestra única posibilidad. Y tenemos que ir a un ritmo suave o nos agotaremos.

—¡Vale, vamos!

—Y no nos separemos mucho para sentir que no estamos solos.

Esa fue quizás otra de las claves que nos salvó la vida, que decidimos unir nuestro destino. Sin llegar a verbalizarlo, los dos, mirándonos directamente a los ojos, pactamos que o nos salvábamos juntos o moríamos juntos. Estábamos evitando posiblemente uno de los mayores miedos y el que mayor sufrimiento causa en el ser humano: sentirse solo. No podía imaginar, en esa situación, que años más tarde me enfrentaría a la muerte en completa soledad.